

LA TENTACIÓN VIVE ARRIBA (*The Seven Year Itch*, Billy Wilder, 1955)

Gregorio Cabrera Déniz

¿Pueden integrarse en una única obra la pasión del concierto número dos para piano, del genial Rachmaninov, con el icono sexual por excelencia del siglo xx? Posiblemente sólo un creador como Billy Wilder podía atreverse a semejante reto; sus resultados se nos presentan hoy, como hace más de medio siglo, controvertidos.

¿Cómo puede una obra que utiliza como *leitmotiv* principal el primer movimiento de este concierto, en su día incomprendido, titularse *The Seven Year Itch*?, afortunadamente para el público español, por una vez, su traducción superó al original y transmitió de forma más certera el mundo interior de su personaje principal.

Ya la primera secuencia de la película nos sitúa en un espacio de comedia en el que se advierte al espectador que nada de lo que se va a desarrollar ante sus ojos merece un análisis riguroso. Se vale para ello Wilder de un encadenamiento de imágenes que nos llevan del período precolonial a la urbe del siglo xx, sin que el paso del tiempo haya modificado lo que parece un elemento inherente al carácter del hombre, género masculino: la infidelidad. Elevada al carácter de costumbre social, esta tendencia, casi innata, adquiere su momento culminante en el período estival, cuando mujeres e hijos marchan de vacaciones y una auténtica legión de maridos se transforma en cazadores en busca de una presa fácil.

El alejamiento de la familia, junto al calor del verano, parece restar trascendencia moral al deseo de aventura amorosa, no ya de nuestro protagonista, sino del común de los hombres, que por unas breves semanas recuperan una imaginaria libertad de acción. Hasta tal punto resulta intensa esta vivencia que todos los personajes masculinos que rodean a Richard (Tom Ewell) no sólo muestran similares síntomas, sino que justifican semejante actitud como la lógica consecuencia derivada de su efímera soltería. El temor a ser descubierto tiene como contrapunto la solidaridad que manifiestan los hombres del clan, desde el desorientado portero hasta el galán maduro y absurdo que es su jefe.

Sin embargo, Richard difiere del resto en su recurrente sentido de lo correcto, en sus ingentes esfuerzos por oponerse a todo aquello que considera manifestación de debilidad y en consecuencia debe ser erradicado, sea fumar, beber o sentirse atraído por otras mujeres. Se halla convencido de que la transgresión de las normas que se ha autoimpuesto, influido por los consejos y las promesas realizadas a la esposa ausente, debe traer consigo el castigo de la vergüenza pública. Su desliz se convertiría así en objeto de escarnio, no sólo en el ámbito privado sino que afectaría también a su vida profesional y social.

No fumar, no beber, no desear a mujer alguna que no sea la propia esposa, se convierte en retos casi imposibles de lograr cuando se tiene un carácter compulsivo y una imaginación sin límites. Todo quedaría sin embargo en el terreno de lo aceptable, en el margen que podría considerarse tolerable, algo así como en el pecado venial de nuestra infancia culpable, si la llegada de la ingenua y voluptuosa vecina no irrumpiera como auténtico vendaval de aire fresco lo que amenazaba ser un monótono verano, similar a tantos otros que habrían de sucederse en los años venideros, triste destino para quien sólo es capaz de alterar la norma establecida en su febril imaginación.

No hay momento alguno de la película, sin embargo, en la que el espectador se alinee del lado de lo convencional y moralmente aceptable. No creo sea sencillo encontrar quien haya sufrido pensando en la posibilidad de que Richard traicione el amor de la esposa y caiga en las redes de la ligereza y el desenfreno. Lejos de ello nos sentimos uno más de los secundarios dispuestos a comprender y alentar la debilidad manifestada por el protagonista, y al igual que deseábamos que por fin el coyote alcanzara al correccaminos o que lindo minino lograra zamparse al impertinente canario, así esperamos ansiosos que la atracción desemboque en raudal de deseo y que éste una a Richard y su anónima vecina en un interminable abrazo amoroso. No es ajena a esta capacidad de seducción la pasión desbordante de la música de Rachmaninov.

Por supuesto los censores del momento no debían opinar como el común de los mortales. La película se vio obligada a retocar sus escenas una y otra vez para superar las limitaciones que se le imponían, sin que por ello afectaran al tono general de franca ignorancia de las normas del decoro que se supone debían inspirar a los rectos ciudadanos estadounidenses y de forma muy especial a los unidos por vínculo matrimonial. Es a esa masa uniforme a la que pertenece Richard y de la que sin embargo desea escapar por vía de su inagotable imaginación. Lástima que en lugar de culminar su relación furtiva, como ocurría en la obra de teatro original (del mismo nombre y de la que es autor George Axelrod, quien colaboró con Billy Wilder en el guión de la película) opte por alejarse del objeto del deseo y reunirse con la familia que veranea a orillas del lago.

Esta huida no deja de ser un fracaso. Todos somos, unos a flor de piel otros más profundamente, un poco Richard. Los días se suceden con frecuencia carentes de aliciente, grises si los comparamos con los de ese amigo de éxito que puede ser incluso una amenaza a la cotidiana tranquilidad de nuestra existencia. A la espera siempre de un hecho, de una circunstancia que irrumpa inesperada y lo haga cambiar todo, que transforme nuestra vida de forma súbita e increíble. Y de forma paralela el temor, el miedo a dar la espalda a todo aquello que nos da seguridad y afrontar un cambio absoluto, drástico... en ocasiones incluso un pequeño cambio que ilumine fugazmente la mediocridad imperante. Y sin embargo cuántas objeciones íntimas para convencernos de lo contrario, para continuar sin ver y sin desear. Pero lo cierto es que deseamos y tememos a un tiempo la llegada de la tentación, que para nuestro protagonista adquiere las formas de Marilyn, y que inesperadamente vive arriba.

Como pocos directores, Wilder maneja la capacidad esencial del cine de hacernos identificar con sus personajes, porque éstos son en definitiva una proyección





de nosotros mismos. Esa vecina anónima bien podría ser una más de las creaciones de la fértil imaginación de nuestro protagonista, un personaje de película que se cuela por las rendijas entreabiertas de la mente, negada a aceptar la imperdurabilidad de las normas que rigen nuestra vida. Su profesión, como responsable de ediciones baratas, que tanto se atreven con la adaptación de los clásicos populares como vulgariza las teorías psicológicas que analizan las relaciones humanas, es a un tiempo válvula de escape de una rutina que le es insoportable como justificación de la permanente ensoñación en la que transcurre su caluroso verano neoyorkino.

La inclusión, en su particular universo imaginario, de personajes reales transformados en sujetos de película, bien podría incorporar en el devenir cotidiano a los auténticos protagonistas de aquellas. De este modo pasamos por un auténtico repertorio de referencias cinéfilas, literarias y científicas que llevan a Richard a ser actor principal o secundario de las mismas, siempre obsesionado por las fantasías de carácter sexual, desestimadas cuando no ignoradas por su entorno y que tienen como momento culminante el diagnóstico del psiquiatra autor del libro de cuya edición se ha encargado.

Un mundo de ensoñaciones en el que Marilyn se nos presenta como un ser real al tiempo que como objeto de deseo de cuantos la rodean, atendiendo así a la imagen estereotipada que la hace mito erótico universal. Es fácil entender la atracción que de inmediato siente Richard hacia ella, más difícil comprender el progresivo enamoramiento que éste es capaz de provocar en la belleza rubia, casi imposible de aceptar la renuncia final. Aún en su disparatado comportamiento se da por cierto que el primero representa al hombre común, de mediana edad, no exento de inteligencia, con una aceptable situación profesional y estable en su relación matrimonial.

Ella es joven, de escasas luces, sin lazos afectivos o familiares conocidos, con dudas sobre su presente y de incierto porvenir. Y sin embargo todos estaríamos dispuestos a perder la seguridad del hogar y de la profesión a cambio de ser el elegido por esta mujer única, que a lo largo de la película se transforma ante nuestros ojos, pasando de la candidez de parecerle maravilloso que él esté casado porque así no le pedirá en matrimonio, de la superficialidad de reconocer la música clásica porque no cantan, de ignorar la cháchara del protagonista que por pretender intelectual es pretenciosa, a la capacidad para traspasar todas las barreras del sentimiento, a la sutileza de la comprensión del comportamiento humano, a la ternura de quien sólo busca encontrar al hombre sencillo que corresponda a un amor simple y por ello cierto. Y sin embargo Richard prefirió la seguridad de la esposa, del hijo y de la vida burguesa y aburrida. Sólo hay una explicación posible y es que la vecina, esa tentación, es para Richard tan imaginaria por imposible como el resto de sus sueños. Y aún hablan los entendidos de misoginia, cuando la verdadera inteligencia es la de las emociones, la que ella representa y el rechaza.

¿Cuántas mujeres respiraron aliviadas, cuántos hombres no desearon estar allí para consolar la soledad en la que quedaba Marilyn?

Y si todo esto no les parece razón para admirar una película que ha sido tratada con dureza por sesudos críticos de academia, si precisan de un guión más brillante, de una genialidad interpretativa de la que no fue capaz Tom Ewell, de una mayor profundidad en el retrato de la psicología de los personajes, si consideran excesivos los monólogos del protagonista y les agobia su neurosis... déjense llevar por la banda sonora de Alfred Newman, disfruten de la fotografía de Milton R. Krasner y sobre todo, muy especialmente, dejen atrás sus prejuicios y permitan a Marilyn acercarse contorneando su silueta, sintiéndose bella y frágil a un tiempo, dejando que el aire de la rejilla del metro levante su falda y haga de un instante fugaz una imagen eterna en el imaginario colectivo de generaciones de cinéfilos. Su amor no ocupa espacio en el corazón, no impide otros amores, no exige sacrificios y, por si aún no fuera suficiente, nos anima a no lamentar nunca nada.

